

ALGUNOS SÍNDROMES DEL SISTEMA EDUCATIVO COLOMBIANO

Documento preparado por: Mgr. NELSON HURTADO RAMIREZ

Supervisor de Educación

“ME LE MIDO A CUALQUIER ENCIERRO CONCERTADO; PERO, JAMÁS DENTRO DE UN BAÚL”.

En muchas instituciones educativas Oficiales, inclusive universitarias, se encuentra la siguiente situación: hay una buena cantidad de materiales didácticos o de apoyo pedagógico o investigativo que no han sido utilizados, y ya no vale la pena hacerlo. Naturalmente, es lícito preguntar por qué.

Hay dos respuestas inmediatas, ambas relativamente explicativas pero ninguna de las cuales, ni ambas tomadas conjuntamente, correspondientes completamente a la realidad:

1. Los educadores no se interesan en las innovaciones, no quieren cambiar, no quieren explorar mayormente el tema.
2. Los materiales llegan a la institución, pero los educadores no reciben la capacitación oportuna, suficiente que se requiere para manejarlos.

Se podrían tomar como referencia muchos modelos, por ejemplo el caso de los laboratorios que desaparecen en medio del polvo y éste sería un caso muy ilustrativo y útil. En el presente texto, se tomará el BAÚL DE JAIBANÁ en el cual se muestran claramente varios aspectos que permiten una reflexión bastante completa acerca del problema que a continuación me permito esbozar:

. Es un material educativo muy bien pensado y estructurado: Fue elaborado por un grupo de investigación experimentado, fue utilizado por varios educadores en diferentes contextos, y ha sido evaluado exitosamente. Contiene dos libros de presentación, varios materiales didácticos y las respectivas cartillas para manejarlos, todos de excelente calidad.

.En todas las instituciones educativas oficiales, de la básica primaria, existe al menos, un Baúl de Jaibaná.

.La casi totalidad de los educadores del sector oficial desconoce este material, y por supuesto nunca ha sido utilizado, ni tienen la más mínima intención de hacerlo.

.En algunas instituciones escolares, se ha intentado trabajar con estos materiales, pero no se logra la empatía necesaria para manejarlos.

Por qué un material de tan excelente calidad se desperdicia tan dramáticamente?

De paso, se produjo un enorme despilfarro de los recursos oficiales; sobre todo si se tiene en cuenta que la información total cabe en dos o tres disquetes.

A continuación, presento algunas ideas que tienen una intención propositiva: Contribuir a la solución de un problema que al parecer se ha vuelto inmanejable; a saber, el uso adecuado de los resultados de los proyectos de investigación, y sobre todo la utilización de éstos en la elaboración de materiales didácticos y su divulgación. Para el desarrollo de este propósito, partiré de un concepto fundamental, que servirá de norte: LA AUTONOMÍA.

El calor más importante para un educador y para una institución educativa es la autonomía. Sin embargo, esta palabra como cualquier otra de carácter tan universal, se interpreta y tiene connotaciones distintas según los contextos en los cuales se utiliza. Se propone en el texto una forma de emplear el vocablo “autonomía” de una manera particular, la cual podría ser muy útil al fortalecimiento académico del sector educativo. La autonomía se entenderá como el conjunto de características específicas de los individuos o entidades que pertenecen, activamente a una determinada comunidad o grupo académico. El concepto preponderante es el de “comunidad o grupo académico”.

Los educadores y las instituciones escolares se entenderán como grupos o comunidades académicas análogas a otras del mismo tipo: los matemáticos, filósofos, los sociólogos, los psicólogos, etc.

Una persona o una institución pueden pertenecer a varios grupos o comunidades; en tal caso, libremente, ejercerán la autonomía que cada una de ellas le permita o facilite. Un educador o una institución educativa puede, por ejemplo, pertenecer simultáneamente a una comunidad deportiva, a una religiosa, o a una comunidad académica; en tal situación, si se pertenece activamente, ejercerá los derechos y cumplirá con los deberes que en cada una se acuerden o existan ya estipulados.

En cada comunidad o grupo hay reglas. Algunas son implícitas o tácitas, otras se establecen o han sido establecidas pública y claramente. Seguir estas reglas y hacerlo voluntariamente es la condición fundamental para ejercer la autonomía dentro de una determinada comunidad o grupo. Ningún deportista dedicado, voluntariamente, al baloncesto tiene autonomía para emplear la acción “patear el balón” en un encuentro o partido de este deporte; en la misma forma, los académicos no obtienen resultados mediante “oraciones a la virgen” o mediante “votaciones” pues estas actividades pertenecen a otro tipo de comunidades.

Que se entienda bien: No se afirma que los académicos no puedan ser piadosos o no puedan participar en votaciones; de hecho, muchos académicos son también sacerdotes o se encomiendan a la virgen antes de iniciar un trabajo cotidiano; y casi todos los académicos participan con sus votos a la hora de escoger al presidente de la nación o al alcalde de su tierra natal. Lo que se quiere decir son cosas del siguiente estilo: un personaje como Albert Einstein profundamente religioso y paladín de la democracia, no llegó a las famosas leyes de la relatividad sometiendo a votación sus teoremas. Einstein tuvo que trabajar muy duro, académicamente, antes de formular sus extraordinarias teorías: tuvo que estudiar una carrera

de Física, tuvo que asistir a congresos y discutir intensamente con otros científicos, tuvo que escribir artículos y publicarlos en revistas de reconocido fogueo o prestigio internacional. Dicho de otro modo: en el juego académico se juega con reglas específicas, muchas de las cuales son cualitativamente diferentes a las reglas utilizadas en el juego religioso, en el juego deportivo, o en el juego de la política.

¿A QUÉ JUEGAN LOS ACADÉMICOS? A desarrollar y contrastar teorías, a formular y resolver problemas dentro de estas teorías, a proponer ampliaciones y modificaciones de teorías, a construir nuevas teorías y a comparar unas teorías con otras. Para el desarrollo de todas estas actividades, los académicos siguen rituales muy rigurosos: realizan congresos y seminarios, construyen sociedades académicas, elaboran documentos e informes y los publican en diferentes medios y mediante múltiples formas, evalúan los trabajos y las actividades de sus colegas o “pares”, organizan programas académicos para la formación de futuro colegas, conforman bibliotecas o construyen laboratorios, dirigen o participan en proyectos de investigación, colaboran en actividades de docencia y asesoría educativa...

Así las cosas, ganar o fortalecer la autonomía académica significa participar intencional y muy activamente en una o varias de las actividades anteriormente reseñadas, entre las cuales la fundamental es la de vincularse a un proyecto de investigación. Cada educador y cada institución educativa alcanzan su mayor autonomía académica, no con el aislamiento y la incomunicación, sino, por el contrario, fortaleciendo los vínculos y las relaciones académicas con otros educadores y otras instituciones educativas a través de proyectos de investigación.

Siendo así, coloco este ejemplo sencillo. La interacción a través de los P.E.I. Cada P.E.I. es un auténtico proyecto de investigación: es la “microteoría” de la institución escolar, la carta orientadora que permite a cada institución educativa determinar sus problemas y las posibles maneras de resolverlos.

Otro ejemplo: “Horizonte Institucional”: Definir con claridad este horizonte implica conocer bastante bien las comunidades local, regional y nacional, y para lograrlo es necesario adelantar actividades exploratorias e investigativas que se realizan mejor en colaboración con otros “pares”. Discutir y analizar los horizontes institucionales de diferentes establecimientos educativos es la mejor herramienta para esclarecer este concepto. Otros Aspectos del P.E.I. pueden motivar seminarios académicos para discutirlos y comprenderlos con mayor amplitud y profundidad. El P.E.I., en la práctica, es el organizador de la comunidad académica de las instituciones escolares y de la ciencia de la Gestión Educativa; esta última tiene como objeto de estudio la institución escolar y es el fundamento que permite el desarrollo de la autonomía de los docentes e instituciones escolares que son expertos en diferentes temáticas del P.E.I. En este caso, se es más autónomo, académicamente, en la medida en que se interactúa más con los pares especialistas en el P.E.I.; un P.E.I. es mucho más autónomo si se intercambia sus experiencias académicas con un número cada vez más grande de otros P.E.I., lo cual se puede hacer de muchas formas como ya se comentó.

¿Quiénes son los pares académicos de los investigadores que construyeron la propuesta del Baúl de Jaibaná y de los materiales que éste contiene? Con toda seguridad no lo fueron, ni lo han

sido, la inmensa mayoría de las instituciones educativas del país. Además, por su propia naturaleza es imposible; cada proyecto de investigación vincula un número muy reducido de personas e instituciones; un proyecto de investigación, para que funcionen, no puede ser masivo.

He aquí el primer síndrome: en lugar de ir ampliando poco a poco y voluntariamente la red de investigadores, se pretendió obligar a todas las instituciones y a todos los educadores del sector oficial a trabajar con los métodos de esta propuesta; se pretendió “embaular” a todo el mundo con las teorías y métodos de un grupo de investigación muy específico, con características muy particulares, y con resultados, también, muy limitados.

Una cosa es invitar a participar a los educadores y a las instituciones educativas a participar en proyectos de investigación, y otra cosa muy distinta obligarlos a trabajar de una forma determinada a todos por igual; digámoslo en la siguiente forma: una cosa es ofrecer el Baúl de Jaibaná en su momento y promocionarlo, y otra muy diferente obligar a todas las instituciones oficiales a que lo hayan tenido.

¿Ante qué tipo de situación nos encontramos aquí? No es que los docentes no participen en programas de capacitación o de investigación; es que numerosos docentes e instituciones escolares están comprometidos(as) en procesos académicos de muy diversa naturaleza, actúan con una gran independencia, y son cada vez más autónomos académicamente, participan libremente en diferentes proyectos.

En nuestro sistema educativo, sufrimos demasiado con este síndrome. El síndrome de la “copia”, “fusilamiento de esquemas y teorías”, “del ensayo sin bautizar o evaluar de manera consciente los aciertos y errores”. Ahora que llegaron al M.E.N. y a varias secretarías de educación investigadores que defienden otro nuevo enfoque, nos quieren embaular en una nueva teoría, que si bien es cierto funciona en ámbitos como la lingüística, la sicología o la administración, es pura improvisación en otras áreas. No cabe la menor duda que estos investigadores tienen todo el derecho de profundizar en el tema de las competencias y de la competitividad y tienen todo el derecho de ampliar el ámbito o radio de aplicación de esta conceptualización; pero, esto no los autoriza a “meter” el país entero, utilizando fondos oficiales, en un único baúl. La evaluación por competencias tiene un cierto radio de acción; si es realmente buena, entonces, debe evaluar un aspecto muy limitado del rendimiento estudiantil.

Quiero finalizar este ensayo, recordándole a los directivos y docentes que laboral y académicamente el tiempo que utilizamos con los escolares se enmarca dentro de la planeación, investigación y evaluación de las áreas del plan de estudios. De esta manera, sin resistencia alguna nos podríamos preguntar más a menudo, si de verdad estamos haciendo investigación en el aula, en qué momento del proceso; la evaluación de los desempeños de los estudiantes muestra unos resultados contradictorios de lo pensado, reflexionado en las diferentes fases o etapas de dicho proceso investigativo, con la única pretensión que los estudiantes a toda prueba hagan más visibles sus perfiles y puedan tener un mejor posicionamiento en nuestro contexto.

Nhr.